# La llama Olímpica

Es habitual en los grandes eventos dotarlos con un lema complementario de una simbología propia, que los identifica con grandes valores universales y humanos. Es como si con ello se contribuyese al objetivo de modificar lo establecido, lo que subyace en el reclamo de ese mismo lema y su simbología, pero sin la necesidad de implicarse más. Los Juegos Olímpicos de Rio de Janeiro, haciéndose eco de la realidad de este caos provocado, reclaman ¡Un Mundo Nuevo! Una proclama nacida desde la propia necesidad social del país Carioca, que no se diferencia sustancialmente de China, “Tongyige shijie, Tongyige mengxiang” (Un mundo, Un sueño) proclamaba la olimpiada de 2008; de Grecia, Méjico, Sudáfrica, y de la que tampoco escapan Francia, Gran Bretaña e incluso la mismísima Deutschland, salvo en la mayor incidencia de esa desigualdad social.

Cuatrienalmente el universo del capital que fagocitó el espíritu olímpico promovido a finales del siglo XIX, avienta valores humanos que el propio sistema acostumbra a pisar. El mayor evento deportivo, que en su fundación y hasta no hace mucho tiempo estaba ideado para el deporte amateur, transporta su llama eterna al tiempo que abandera la hermandad y la solidaridad, simbolizadas en la conjunción de los aros arcoíris en campo blanco. La colorista puesta en escena, contrasta con la dureza y crudeza de millones de microrealidades, de las que la Olimpiada también se nutre.

La historia nos cuenta que la llama eterna se obtenía de una vasija cóncava que concentraba energía solar y provocaba la llama desde la concepción más pura, condición para custodiarla en los templos de Hera y Zeus previo a su distribución entre las Ciudades-Estados y Estadios donde se desarrollarían los juegos. En la Roma de la república y en la del imperio, la ciudad estaba protegida por la llama eterna, custodiada en el templo de Vesta por sus sacerdotisas. La llama, heredera del "focus publicus" cuya misión era reemplazar el fuego hogareño si este se apagaba, era alimentada por valores nobles mostrándose viva e iluminando el templo, mientras que la sola trasgresión de estos la sumían en la debilidad quedando Roma desprotegida.

La simbología del fuego, en ambos casos, debe llevarnos a la reflexión de la actualidad social constituida bajo la gran crisis fraternal y solidaria que supone el desplazamiento de miles y miles de personas con el presente quebrado y sin poder atisbar un futuro. El aumento de la brecha social sumiendo a miles de personas en la incertidumbre sobre su futuro. El esquilmamiento de los recursos naturales y la apropiación de lo público defenestrándolo cuando de él se nutren bolsillos particulares. En ambos casos subyace la filosofía del fuego protector y libertador proclamando el necesario concurso individual en la consecución de lo común, avivando las llamas de los pebeteros de la transformación social.

La llama Olímpica de 2016 es irradiada a través de un pebetero constituido en una escultura cinética que realiza un movimiento toroide, conformando el reflejo de la llama en doce metros de diámetro. La escultura, según su creador, pone en valor la capacidad del ser humano, y no es menos cierto que la propia Olimpiada muestra la capacidad del logro mediante nuestro propio esfuerzo; la esencia que parece se nos llega a olvidar si de verdad perseguimos un mundo nuevo, un contexto social que urge modificar. La construcción de este ha de ser desde la implicación individual, en el día a día. Debemos recuperar nuestra propia esencia e historia que nos orienta en cómo afrontar la embestida del capital: El consumo responsable y la economía circular, de proximidad, se constituyen como base de la construcción de ese mundo nuevo tan necesario. La economía de mercado, con la desregulación laboral que ampara largas jornadas de trabajo no retribuidas adecuadamente, con la acumulación de producto básico o no como base especuladora; las consecuencias de la explotación de recursos para el lucro, ya la estamos catando.

**Joseba Santesteban**

**Grupo de Comunicación**

**CGT nafarroa**